persona, cual Vd. elevada, sostener una lucha que tiene en emocion al contorno entero, puesto que da lugar á que existan dos bandos? ¡Fomenta Vd. la discordia!...

El banquero bajó los ojos, como acostumbraba cuando no queria responder en concreto á una pregunta, y murmuró con ironía:

—Sí; es verdad. Pero no la fomentaré por mucho tiempo...

Pascual no se dió por vencido ante la ambigüedad de la respuesta de su padre. Conocia al viejo, y no ignoraba cuán difícil era vencerle con palabras; pero aún insistió:

—Oigo decir por doquier que el marqués está en las postrimerías, y por eso precisamente me atrevo á hablar á Vd. con esta franqueza, aunque sé que no es motivo agradable para Vd. el de nuestra conversacion. Esas pobres gentes, á fuerza de torpezas, y excentricidades, y locuras, han llegado á la ruina más completa. ¿Qué más puede Vd. desearles como castigo del mal que hayan podido hacerle?

La fisonomía de Carvajan tenia una expresion de alegría terrible; alzó la cabeza, y fijando en su hijo sus ojos amarillentos, que centelleaban de ódio, dijo con acento de desdeñosa lástima:

—¡Chiquillo! .. ¿Qué entiendes tú de esos asuntos? ¡No sabes lo que dices!

Tanta amargura, tan profunda ironía encerraban sus palabras, á tal punto revelaban el instinto de venganza insaciable, que Pascual quedó helado. Creyó poder influir sobre el viejo hasta volverle en sí mismo; esperaba entablar una discusion por la cual obtuviera algo favorable á sus propósitos, y encontró á su contrincante invencible, al amparo de su mar-

mórea frialdad, escudado en su orgullo, contestándole con el despreciativo desden del hombre que discute con un niño!... Así y todo, no cejó; volvió á la carga.

—Pues habrá V. de permitirme que no comprenda su afan por vencer. El pobre marqués está reducido casi á la nada; es un adversario bien insignificante, para tan poderoso contrario.

—¡Eh! ¡Eh!—exclamó con acento burlon Carvajan.—No hay que despreciar al enemigo, por muy débil que parezca. Si hace treinta años hubiese repetido el marqués estas palabras, como una jaculatoria, todos los dias antes de acostarse... puede que se viera de otro modo...

—Es un viejo...

—¡Toma!... ¡Tiene mi edad!...

—Le rodean infelices mujeres, dignas de interés...

Al oir esto Carvajan, se irguió; lanzó á su hijo una mirada investigadora, y con voz metálica, con su verdadera voz, que hizo estremecerse á Pascual, exclamó:

—¡Mujeres! ¿Quién te lo dijo? ¿Las viste acaso? ¡Ah! ¡Ah! Muy bien, perfectamente; como semejante ralea se mezcle en nuestros negocios, lucidos estamos. ¡Mujeres!... ¿Por casualidad no las hay siempre en lo que se refiere al marqués? ¡Lo que pasa es que él no pensó en que no hay bien ni mal que cien años dure!... Y dime, ¿cuál de las dos inspira tu interés, la vieja, ó la encantadora Antonieta?

El nombre de la jóven, pronunciado con tono despreciativo, con áspera familiaridad, hirió el corazon de Pascual. Le pareció como si aquel acento con que se la nombraba la envileciese: quiso poner coto á tales demostraciones, pero no tuvo tiempo, porque el viejo le atajó, añadiendo:

– ¿Y quién te habló de esas mujeres? ¿Por ventura, las encontraste? Desde que viniste recorres estos contornos, y como ellas hacen lo mismo, semejantes á dos aventureras, no sería extraño vuestro encuentro. Quizás te habrán hablado... Porque no son muy vergonzosas; y luego... el hijo de Carvajan... no seria mal negocio...

El banquero soltó una carcajada nerviosa, atroz, infernal.

—¡Padre!... Ruego á Vd...

—Deja, hombre, deja, que tú no las conoces como yo... A estas fechas, por dinero, son capaces de cualquier cosa... Pero es menester andarse con tiento... Son peligrosas. . La jóven, sobre todo, con su aspecto cándido... y su capitan de caballería ..., que no se casa ni por Cristo... ¡Ay, hijo mio!... Son mala gente... Créeme; no te ocupes de ellas. Se necesita mi energía para llegar al fin..., y con ella y todo me costó trabajo. Si te da miedo escuchar el estrépito que producirá la caida de esa raza leprosa, de esa casucha vetusta y mal apuntalada que llaman casa de Clairefont, vete á dar una vuelta por París. Eres jóven, y debes divertirte... pero, créeme, nunca te ocurra cambiar los propósitos de tu padre .. Te quiero mucho, eso sí... pero pudiera suceder que te alcanzase el golpe, si tratases de evitarlo...

Pascual intentó un postrero esfuerzo. Pero su hermosa voz no ejercia ya influencia alguna. Tratándose de su ódio, el alma del viejo usurero se envolvia en un arnés de diamante, que embotaba los golpes mejor dirigidos: era invulnerable.

—Por lo demás,—añadió, como final de su discurso, afectando benevolencia,—tus sensiblerías son ridículas. Junto al marqués no hay tan sólo mujeres: hay

un moceton de veintiocho años, fuerte como un castillo, y que hasta la fecha no empleó su fuerza más que en hacer barbaridades. Si quiere trabajar, tiene medios de sobra... Nosotros sabemos cómo se hace eso... Yo empecé barriendo la tienda del tio Gatelier... y tú has dado la vuelta al mundo... ¿Quién se opone á que ese buen mozo reconstruya la arruinada fortuna de su padre? ¡Eh! ¡Eh! Y hasta es posible que le juzguemos mal. Acaso tenga una aptitud, que no es la de apalear palafreneros, ó zurrar á los cazadores de aficion... en cuanto lleva un par de tragos de más en el estómago... Yo me alegraría mucho si le viera el dia de mañana capaz de algo útil....

Carvajan hizo una pausa; su semblante se tornó duro y sombrío: luego prosiguió, con tono seco y áspero, como el chirrido del acero que destroza un cuerpo rígido.

—Pero si, como todos los suyos, es un ente incapaz de nada bueno..., entonces poco importa que desaparezca. En nuestra sociedad culta, tal cual está constituida, los ociosos y los holgazanes sobran.

Para encubrir sus malos sentimientos á los ojos de su hijo, Carvajan pretendia dar á su conducta cierto carácter social. No era él arruinando á la raza de los Clairefont, era la democracia laboriosa triunfando y aplastando á la nobleza inactiva é inútil: era la burguesía, representante del trabajo, destruyendo el parasitismo que agobiaba al país.

Al verse rechazado con tanta rudeza, Pascual quiso volver sobre sí, y tomando un aire indiferente, se rehizo. Despues de todo, cuanto dijo era purísima tontería: un exceso de escrúpulo. La familia Clairefont le era del todo indiferente: él no conocia á aquellas gentes, y no tenia interés por conocerlas.

Su padre guardó silencio, y le dejó hablar, pero sin confiar demasiado: se proponia hacer que alguno de sus secuaces le vigilase; mas por su parte el jóven se proponia no dejarse sorprender, y tenia ya resuelto no volver á sus paseos sobre la colina, por miedo de que descifraran el enigma de su conducta.

Los dos, pues, estaban sobre aviso, separados por intenciones opuestas y ocultas; Carvajan temiendo habérselas otra vez con su hijo, y éste viendo de nuevo en su padre al tirano que le ahuyentaba del hogar donde nació: eran dos adversarios, y no debian tardar en desenmascararse al influjo de las circunstancias.

La comida con que el alcalde de Neuville se propuso festejar el regreso de su hijo, y á la cual estaban invitadas las personas más importantes de la poblacion, tuvo lugar con ese aparato que es patrimonio de los tacaños cuando se proponen exhibir sus riquezas con una mira interesada. La suntuosidad de los platos que se sirvieron deslumbró á los comensales, aunque se trataba de gente acostumbrada á presenciar banquetes de pueblo, esos banquetes interminables en comparacion con los cuales las bodas de Camacho adquieren todo el carácter de verosimiltud posible. El teniente alcalde estaba presente; no se atrevió á rehusar la invitacion. El servicio era de la fonda de Rouen, y de igual orígen procedían los criados, que impusieron tanto con su presencia á Dumontier, el cuñado de Carvajan, que aún á pesar de las miradas, que le dirigia su mujer, no pudo evitar el decirles: «muchas gracias,» cada vez que le sirvieron.

La comida empezó con frialdad en aquel comedor sombrío y triste, desamueblado casi, porque la afluencia de veintidos comensales que ocupaban todas las

sillas en torno de la mesa, dejó el resto del comedor escueto. Pero poco á poco se fué animando, y al llegar al asado, al que precedieron muchas viandas, cuando comenzó á servirse el vino de Borgoña, las lenguas se desataron y la conversacion se hizo animadísima.

Fleury, que estaba separado de Pascual por la señora Leglorieux, se propuso exhibir al jóven, y le sacó la conversacion de sus viajes; pero le halló rebelde, y no logró meterle en harina. Taciturno y absorto, el hijo de la casa no ocultaba su mal humor. Aquella esfera en que estaba colocado no era la suya, le causaba horror: sentia malestar invencible; la perspectiva de vivir entre aquella gente, cuya manera de pensar y de ser le eran repulsivos, le causaba espanto. Carvajan, frio, severo, sóbrio en palabras y gestos, tenia el continente orgulloso y amenazador de príncipe, comparado con los que le rodeaban. Aquella alegría que abrumaba á Pascual como la turbia corriente de un barranco, le descorazonó y le sumió en amarga tristeza.

La señorita Leglorieux, colorada como un pimiento, se esforzaba por llamarle la atencion con gestos y con dengues; se empeñaba en ser elegante en sus maneras, bebia alzando el meñique con estudiada coquetería, y escogia las palabras con tal énfasis, que resultaban ridículas. Tondeur, encerrado en su leviton, que era para él una especie de aparato de tortura, bebia como un cosaco, y á cada broma de Fleury soltaba la risa ahogada y asmática. La señora Leglorieux encomiaba al oido de Carvajan las bellas propiedades de su hija y las esperanzas de riqueza que abrigaba.

—Sí, señor alcalde—le decia;—puedo asegurarlo. Felicia será un partido de primer órden, tanto, que en este contorno no habrá otro mejor. Gracias á Dios, su

padre y yo no pensamos aún en morirnos; pero cuando se case, llevará trescientos mil francos de dote, sin contar con lo que debe heredar, porque, ¿Vd. no sabe cómo la llaman? La señorita de las herencias. Ha de tener varias, sin contar la nuestra, que espero que tarde un poco...

Y al decir esto, se echó á reir; los tirabuzones negros, que le colgaban á los lados de la cara, se agitaron con violencia, y Carvajan la miró con aire tranquilo é indiferente.

Pascual, que escuchaba sin querer, tuvo el capricho de comparar á la madre con la hija. Con estupefaccion halló el más completo parecido entre las dos. A los veinte años la primera debió ser como la segunda; con cuatro lustros de diferencia, tenian el mismo tipo, igual color, y los mismos rasgos en la fisonomía. Veia como debió ser la madre á los veinte; igual seria la hija á los cuarenta, con su tez rojiza, su talle grueso y su cuerpo linfático, efecto de las comodidades de la vida de pueblo. ¡Y pensaban que se casara con semejante mujer!

A su pesar, razonando friamente, pensó: ¿Qué tenia de extraño aquello? ¿No era lógico? ¿Debia esperar otra union? La jóven aquella, ¿no era de su clase, de su tierra, y á propósito en todo para el hijo de un patan enriquecido? ¿Podia él aspirar á la heredera de un gran señor? Pensando de otro modo, ¿no le llevaba su fantasía fuera del campo de las aspiraciones naturales dados su condicion humilde y su orígen?

Olvidando todo lo que le rodeaba, en medio de la animacion creciente de los convidados, y del ruido de las conversaciones de las risas, se figuró hallarse solo en aquel apartado rincon del parque silencioso y sombrío. La dulce imágen de una jóven pasó ante su vista, envuelta en una ligera nube, cual la evocacion de un sueño. Era la mujer amada: Se sentia dispuesto á todo para obtenerla. Nada cansaria su paciencia ni abatiria su valor. ¡Concluiria por destruir los obstáculos, por desarmar las iras, seria feliz! Sí. A esta idea se estremecia su ser. ¡Qué encanto tan inefable le produciria la presion de la delicada mano de aquella encantadora criatura en su brazo tembloroso! ¡Qué embriaguez pasar la vida á su lado, adorarla siempre, hacerla reina de sus pensamientos, fundirse en su alma, y no tener ni un solo deseo, ni una sola esperanza que no se cifrase en ella! ¡Ser su esposo, y sólo abandonarla para volver más tierno y sumiso á rendirse á sus piés, para trocarse de dueño en esclavo!

¡Ver su hermosura acrecentarse con una maternidad triunfante, y poseer de esta mujer adorada niños rubios, sonrosados, impetuosos, amantes como ella, y comprender que el corazon no es bastante grande para encerrar el amor que estos ser s divinos pueden inspirar! Se necesitaria un paraiso, un lugar privilegiado, un sitio bendito y lleno de luz, de aromoso ambiente y de radiante sol, para que estos ángeles pudiesen vivir sin penas y sin dolores. Los árboles inclinarian sus floridas ramas para acariciar sus delicadas frentes. Los pajarillos modularian sus más dulces canciones para encantar sus oidos delicados. La arena se haria más blanda, para no herir sus pequeños piés juguetones y traviesos.

Nada de lo que existia en la naturaleza era bastante puro, bastante bueno para Antonieta y para los querubines que de su seno nacieran.

Una ruidosa aclamacion arrancó á Pascual de su delicioso ensueño. Todos los asistentes al banquete estaban en pié, y chocando sus vasos bebian en honor

de su feliz regreso. La señora Leglorieux, sacudiendo sus rizos, dirigió á Carvajan una mirada victoriosa, que parecia decirle:

—Vd. nos lo ha traido. A nosotros corresponde el guardarlo...

Fleury, despues de saludar con servilismo al alcalde para que le dispensara la libertad que se tomaba, empezó un *speech* que llevaba estudiado, y que emitia con dificultad para hacerle pasar por improvisacion. Dirigió alusiones poco veladas á la lucha entablada entre Clairefont y Carvajan, insinuando que el alcalde de Neuville habia sido, desde hacia muchos años, defensor acérrimo de los intereses provinciales, amenazados por los últimos representantes de la antigua opresion feudal..

—Llegará el dia, que quizá no esté lejano—dijo para terminar,—en que el admirable premio de esta resistencia gloriosa será el acrecentamiento de la prosperidad del país, por medio del trabajo que arranque al suelo una extraordinaria riqueza.. Este maravilloso resultado se deberá al señor Carvajan, al alcalde de Neuville... No quiero decir más por hoy... Además, todos Vds. me han comprendido... Unámonos, pues, y bebamos todos juntos á la salud de nuestro excelente amigo...

—¡A su salud!

—¡Viva! ¡Es de buena madera! Yo lo conozco,—exclamó Tondeur.

Fleury no mentia. Todos se comprendian. Los rostros animados, los ojos brillantes, llevaban impresos el sello de la concupiscencia que se despierta. Todos se hallaban dispuestos á lanzarse sobre el botin. Del Gran Margal, del venero de riqueza de la colina, debia brotar un raudal de oro, y cada uno de los asociados se aprovecharía holgadamente de ello. El sindicato, preparado hacia ya años, registraria las entrañas de la finca señorial, y explotaria la calcárea piedra que la incuria del marqués habia dejado improductiva.

Se restableció el silencio: contestaba Carvajan. Estaba de pié, grave, y las palabras salian de sus lábios frias y comedidas. Declinaba modestamente la honra que se le queria dispensar, atribuyendo á su débil iniciativa las grandes ventajas que ofrecia el porvenir. Habia tenido útiles colaboradores... Y al decir esto, acariciaba con la mirada á Dumontier, á la vez que halagaba á Tondeur... Se encontraba, además, muy satisfecho de haber merecido la general aprobacion; porque el único objeto que le guió fué el interés de aquellos que le rodeaban.

Se puso la mano sobre el corazon con actitud dramática, como si se hallase dispuesto á sacrificarse por la humanidad.

Sus convidados, llenos de entusiasmo, le aplaudieron con furor.

Pascual asistia á esta escena con estupefaccion, lleno de dudas. Creía soñar, ó que al menos hasta entonces le habian engañado falsas apariencias. Pero el cínico gesto de Fleury, cuyo rostro se contraía en silenciosa sonrisa, le llamó la atencion. Recordó las confidencias que le habia hecho, y vió claro. Todo lo que acababa de presenciar era una odiosa comedia; todo lo que habia oido, una desvergonzada mentira.

Sintió rubor y asco. Recordó la vida libre y franca que hacia algunas semanas antes. Las vastas praderas de América se desarrollaron de nuevo ante su vista, como llamándole á compartir sus soledades frondosas y tranquilas, ofreciéndole el reposo dulce y sano: él

las vió con acariciadora mirada. Le parecia sentir sobre sus sienes una ráfaga del perfumado ambiente de las *sabanas*, que venia á calmar las tempestades del pensamiento.

¿Por qué habia regresado? ¿Qué hacia metido en aquel fango? Sintióse viril con la fuerza de otro tiempo como cuando por nada en el mundo se le hubiese hecho aceptar la complicidad de una infamia.

Un entusiasmo repentino se apoderó de su corazon: se sentia dueño de su conciencia, superior á todo cuanto le rodeaba, seguro de huir del rebajamiento que deseaban hacerle compartir. Juró para sus adentros abandonarlo todo, familia, hogar, pátria, y de nuevo ir á ocultar sus penas en los países de donde no regresaria nunca. El porvenir se le apareció como un abismo insondable. Sin vacilacion, sin debilidad, resolvió huir lejos del pátrio suelo.

Concluyó la comida. El gabinete de Carvajan, aquella sala de tortura, entre cuyas paredes se habian lanzado tantos suspiros y quejas, estaba brillantemente iluminado. La mesa escritorio del dueño, desembarazada de papeles, ocupaba un rincon.

La chimenea estaba rodeada de sillones y sillas. En un testero, entre dos ventanas, se veia un piano. Aquella mansion triste y sombria se llenaba de luz y de ruido. En la calle, algunos vecinos, con la boca abierta, se extasiaban ante un espectáculo tan inesperado, el de las ventanas deslumbradoras de Carvajan, y oian los acordes de un vals mal ejecutado por la señorita Felicia. Los convidados llegaban á la puerta, y tocaban misteriosamente, como con temor de engañarse.

Sin embargo, no se equivocaban. El alcalde de Neuville se quedaba en casa, y todos los notables,

deseosos de verle hacer los honores de ella, llegaban unos tras otros con la cara sofocada y la mirada curiosa. En un ángulo de la sala, Pascual, sentado en una silla, prestaba escasa atencion á los dichos de su tio Dumontier. La ventana estaba abierta, y por entre los barrotes de la reja entraban bandadas de mariposas nocturnas que, revoloteando alrededor de las bujías, se quemaban las alas en la llama. Mirándolas, las comparó Pascual al pobre marqués, que ahora no podia ya escapar de la ruina definitiva. El nombre de Clairefont, pronunciado muy cerca del jóven, le hizo volver la cara, y entonces vió, al lado del piano, á su padre hablando con el señor Molegean.

—Vd. no ignora, Sr. Carvajan, que yo no soy hombre que dé un consejo á la ligera,—decia el notario. —Pues bien; no use Vd. de rigor con el señor de Clairefont; concédale algun respiro...

—¿Qué quiere Vd. decir con eso?—preguntó el banquero.

—Que no le ponga Vd. el puñal al pecho como lo viene Vd. haciendo desde el año pasado; al decir que le de respiro, quiero significar que le conceda Vd. un plazo...

—¡Pero si no es cosa mia! ¡Si yo fuera el prestamista!... Como Vd. sabe muy bien, me corresponde sólo la tercera parte, y si me las echo de generoso con el marqués, puede desmerecer mi crédito. Podria hasta llegar á perder...

—No, hombre; no lo crea Vd.

—Es menester pensar en todo.

—¿Quién sabe si, por el contrario, dándole un poco de tiempo, el señor de Clairefont llegará á amortizar una parte de su deuda?

A estas palabras, Carvajan, que desde el principio se mostró frio é indiferente, sonrió, y tomando á Mo-

legean por el brazo, se apoyó familiarmente en él, y le dijo con cariño:

—¿Hay alguna novedad? Cuénteme Vd., cuénteme.. ¿Acaso el baron de Croix-Mesnil se decide á casasarse? ¿Volverán las aguas por donde solian ir?...

El notario se arrepentia ya de haber despertado la atencian de Carvajan, comprendió que habia ido demasiado lejos, y quiso recoger velas; pero el banquero no era hombre á quien se le escapase fácilmente la presa. Insinuante é imperioso como quien suplica y manda al mismo tiempo exclamó:

—Vamos, Molegea ı; sea Vd. sincero. El marqués le ha puesto al corriente de su nuevo descubrimiento, le ha enseñado á Vd. su horno.

—¿Cómo sabe Vd?...

—¿No estoy en el deber de saberlo todo? Hace seis semanas que no se habla de otra cosa. Se dice que es sorprendente; que por su nuevo sistema el marqués llegará á quemar los leños mojados, desarrollando un calor extraordinario. ¿Es verdad esto?

El notario, lleno de turbacion, guardó silencio. Carvajan le sacudió el brazo con viveza, y con ojos centelleantes y áspero acento dijo:

—¿No contesta Vd? Quien calla otorga. Ha visto Vd. el aparato, ¿no es cierto? Un ingeniero á quien he consultado, pretende que esto seria una aplicacion maravillosa para ciertas industrias...

La animacion de Carvajan era tan viva, á tal punto aquel hombre, dueño siempre de sí mismo, se manifestaba deseoso de saber lo que se referia al marqués, que Molegean esperó poder sacar partido de la situacion en beneficio de su cliente. Acaso, dando á entender que los resultados de la invencion serian considerables, llegase á intimidar al banquero, y le atrajese á un arreglo; le dirigió una mirada investigadora por encima de sus gafas de oro, y dijo con estudiada lentitud:

—He visto, en efecto, el horno; es muy curioso; el marqués ha tenido la bondad de encenderlo á mi presencia.

—¿De modo que es un bonito modelo? Pero, ¿es un juguete, ó puede uno fiarse de la prueba que se ha hecho?

—No; es un aparato de gran tamaño, que el señor de Clairefont tiene adaptado al hornillo del laboratorio. Se sirve de él para sus experiencias de química... Y estoy convencido de que en grande funcionará lo mismo que en pequeño. Se me figura, querido Carvajan, que en un breve plazo, el marqués va á salir de sus apuros. A mi juicio es un hombre notable, tanto, que me parece más conveniente estar de su parte que en contra suya.

—¡Oh!—dijo Carvajan, suspirando para desahogar su pecho oprimido.—Sin duda es un hombre notable, y me alegro mucho. En medio de todos sus descubrimientos, el que más me interesa es el que puede servir para devolverme mi dinero, que deseo reembolsar. Es Vd. muy especial, amigo Molegean; ¡pues no viene á calentarme las orejas con semejantes tonterías!..... ¡Un hombre notable! Pues bien, acuérdese Vd. de lo que le digo: con toda su notabilidad, si no está dispuesto á satisfacer ese dinero á fin de mes, es decir, tres dias despues del de San Fermín, le embargo y le pongo en la calle á él y á su noble familia... Tan cierto como me llamo Carvajan.

Estaba irascible; su rostro moreno habia tomado un tinte lívido, le centelleaban los ojos de ódio, y con movimiento nervioso se frotaba las manos; hizo una

pausa, y mirando fijamente al notario exclamó con sorna:

—Si el invento es una maravilla, mi querido Molegean, yo lo explotaré, y seguramente he de sacar mejor partido de él que ese viejo loco.

Y viendo que el notario abria la boca para intentar un supremo esfuerzo en beneficio de su cliente, le atajó, exclamando con tono áspero:

—No hablemos más de esto; puedo Vd. decirle que espero hasta fin de mes, ni un dia más... Y añada usted que se acuerde... porque yo no me olvido de nada.

Con el índice de la diestra, señaló sobre su mejilla una cicatriz blanca que resaltaba sobre el color cetrino de la piel; aquella señal indeleble, impresa por el latigazo que recibió treinta años antes la noche de San Fermin, reanimaba á todas horas su espíritu de venganza, y en aquélla, mejor que en ninguna, despertaba su ódio implacable.

Sonriendo con amargura, sin añadir una palabra más, atravesó el grupo que formaban los convidados, y se reunió con el subprefecto, engolfado en una discusion administrativa con uno de los comensales. Entonces, Pascual, con el alma llena de angustias á causa de sus tristes pensamientos, se acercó á su padre. Confuso daba vueltas en su mente á los detalles terribles del drama próximo al desenlace.

Sí, los errores de M. de Clairefont fueron muy graves... El ódio de Carvajan era legítimo... Entre aquellos dos hombres se abria un abismo tan profundo, que jamás voluntad humana podria rellenarlo, y los hijos de uno y otro, aunque inocentes y capaces de amarse entre sí, serian por fuerza víctimas de aquella enemistad; estaban condenados á perpétuo ódio y á perpétua tristeza

La animacion y el ruido de la sala le causaban horror. Sin ser notado, pudo salir y ganar la desierta calle.

La noche estaba tranquila; la tibia brisa acariciaba su rostro; en el trasparente cielo brillaban multitud de estrellas. Se dejó caer sobre un banco de piedra, junto á la fuente murmuradora, y en medio de aquel silencio, no hallando más que tristes recuerdos en su pasado y amarguras en su porvenir, maldiciendo al marqués, sintiendo rubor por la conducta de su padre, resuelto á desalojar de su corazon aquel profundo afecto hácia Antonieta, desesperado, se oprimió la cabeza entre las manos, y rompió á llorar.